

UNA CARTA DE ADELINA DEL CARRIL VIUDA DE GUIRALDES A
JUAN MARÍN, A PROPÓSITO DEL LIBRO «CHINA: LAO-TSZÉ,
CONFUCIO, BUDA».

(Desde Bangalore City (India), donde ella reside en el «Ramakrishna Ashrama» por espacio de 12 años—desde la muerte del recordado autor de «Don Segundo Sombra»—Adelina de Guiraldes ha enviado al Dr. Juan Marín, residente en Nueva Delhi, la carta que más abajo se reproduce, motivada por la lectura del libro «China» de que el Dr. Juan Marín es autor. Cabe recordar que Marín fué un gran amigo de Ricardo Guiraldes y que fué éste quien presentó a Marín en los medios artísticos de Buenos Aires en 1925, invitándolo a leer sus poemas en el cenáculo literario de «Proa» y «Martín Fierro», revistas que publicaron en ese año algunos de los poemas que después Marín editaría en su volumen «Looping»).

«Mi querido amigo: Con inmensa alegría recibí tu precioso libro: «China», Juan. ¡Qué orgullosa estoy! Sólo el poeta forjado del hombre de ciencia que tú eres pudo producir semejante joya! Primero lo urgué de cabo a rabo con voraz avidez. ¡Y cuánto descubrimiento maravilloso! Ahora lo he leído con orden y disciplinada continuación. En la más remota antigüedad la Sabiduría estaba sólo en manos de los Sabios, los Sacerdotes y los Hierofantes, «gentes de Iglesia», como decimos en Occidente, y eran ellos los que dedicaban su vida a adquirir el conocimiento, la unión con Dios, la Suprema Sabiduría y por lo tanto exploraban, ahondaban y conservaban los caminos del Saber Humano para luego transmitirlo al común de los mortales en exiguas y limitadas ocasiones y sólo a los muy calificados para recibirlo. Yo siempre he creído que si uno expurga en la raíz de

todas las culturas, fatalmente encuentra allí la Sabiduría de la India. Te harás cargo de mi asombro cuando veo en tu libro que Lao-Tszé no sólo no escapó de tal influencia sino que se alimentó de ella. Con Jesucristo pasó algo análogo: si lees la obra del ruso Nicolás Notovich, te convencerás de lo que te digo. («La Vida Desconocida de Jesús»). Hay enormes similitudes entre los dichos de los Grandes Sabios Chinos y los de los Grandes Sabios Hindúes. Sir Ramakrishna Para Mahamsa solía hacer un juego de palabras, en lengua bengalí, con un vocablo que significa *libro* y *nudo* a la vez y decía que los libros son verdaderos «nudos mentales» que traban y amarran la verdadera Sabiduría, significando con esto que la verdadera Sabiduría no se obtiene por medio de libros sino por la Realización Espiritual. Al «realizar a Dios», entramos en El como cimiento de las cosas todas, hasta de aquello que las palabras no pueden expresar. Bueno, quiero decirte que yo estoy interesadísima con tu detallado libro, que abarca toda la extensión de la cultura china. ¡Cuántos años de asiduo trabajo te habrá costado! Pero, ¡qué magnífico resultado! Puedes estar más que satisfecho. Pero ya sé que aspiras a crear más. Yo ahora espero con ansias tu libro sobre Egipto que, al ver tu China y leyendo algunos de tus artículos sobre los Faraones que me has mandado, me permiten presumir que será fuente de grandes goces estéticos y espirituales para mí. ¡Cuánto se hubiera alegrado Ricardo con la excelencia de tus obras, Juan! Pero, créeme que no menos me regocijo yo. No has dejado manifestación alguna de la vida china sin tratar. ¡Y con qué hondura, comprensión y claridad! Tu libro es una revelación cabal de la China misteriosa para la petulante ignorancia de nuestros pueblos americanos. La edición es espléndida y las ilustraciones han sido admirablemente escogidas. Estoy enamorada de la exquisita belleza de esa estatua en madera de la diosa Kwan-Yin, del tiempo de Asoka «el Grande». Un millón de gracias por haber escrito un libro tan maravillosamente captado, Juan, y por haber tenido

la cariñosa delicadeza de hacérmelo conocer. Como ves, ha caído en manos apreciadoras. Jamás te agradeceré bastante el infinito goce que me has proporcionado y que seguirás proporcionándome, porque es éste un libro que uno no se cansará jamás de recorrer, dado el inagotable interés que suscitan las múltiples facetas de su sabiduría».—*Adelina de Guiraldes.*



FRONTERA, de *Luis Durand*

Contra lo que suele pensarse, el estudio de las condiciones necesarias para la fijación de un tipo de novela americana, capaz de caracterizar y perpetrar la tipología aborígen, mestiza o avecindada, y la exaltación del suelo paradisíaco, selva y océano unidos al destino humano, habría que aceptar, decididamente, un tipo épico, ni demasiado íntimo ni demasiado distante, como factor de clave en la resolución del problema.

De ahí que la novela de masas, centrada en torno al héroe, estará siempre más cerca que cualquiera otra de interpretar el fenómeno biológico de Hispanoamérica. No podríamos exigir al escritor americano, habitante de una naturaleza prodigiosa, en que el verde crece junto a la piedra granítica, una exploración metafísica, de por sí antiautóctona, ni resolver la novelística en sus necesidades intrínsecas por un cauce de exhaustiva introspección.

El hombre de América ha vivido—y vive—en una lucha total y viril ante la frontera o el límite con que la naturaleza desea imponer una diferenciación rigurosa. La colonización, el juego heroico del aborígen frente a la civilización que irrumpe inagotable, superior y sabia, es el episodio máximo de la experiencia iberoamericanista; y esta importancia decisiva, su atmósfera de gesta vital, indómita, vienen a justificar con creces una continuada exploración novelística, como asimismo, tam-